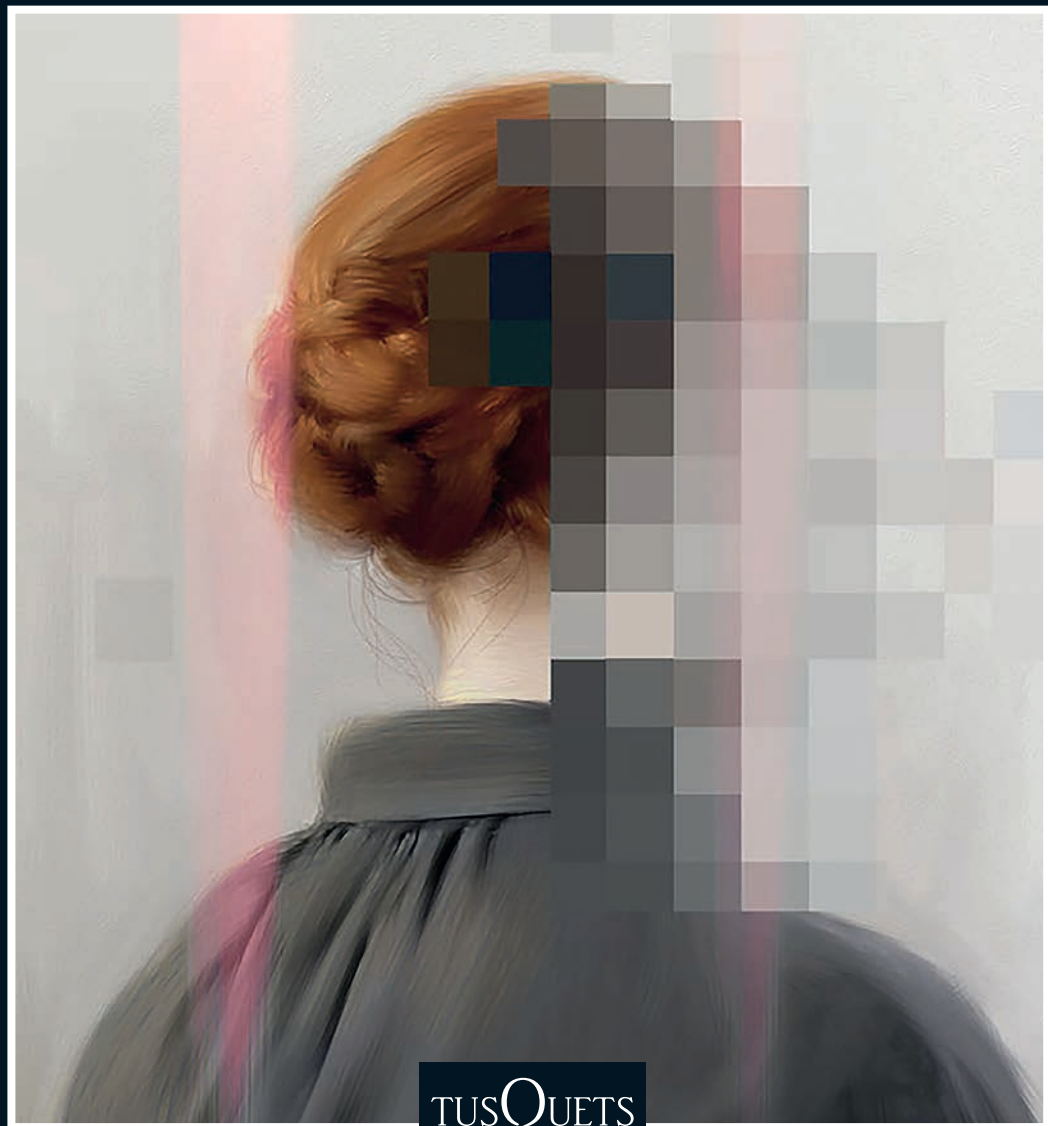


Ignacio Ferrando
EL RUMOR
Y LOS INSECTOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

IGNACIO FERRANDO
EL RUMOR Y LOS INSECTOS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2023

© Ignacio Ferrando, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-241-0
Depósito legal: B. 1.730-2023
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

<i>Bahnstadt</i>	13
Ámsterdam	23
Madrid.	111
Bahnstadt.	151
Ámsterdam	455
Madrid.	465
<i>Nota del autor</i>	487

Los padres de Annie están en el salón escuchando música cuando las cuatro niñas salen al jardín. Van descalzas, visten el mismo camisón de color tiza y caminan muy despacio, en fila india. Luego se dirigen al centro. Allí crece un inmenso magnolio sin hojas y, justo debajo, una de esas tiendas de campaña. El viento mece la linterna que cuelga del bastidor. Mientras avanzan, el rostro de las niñas refleja el resplandor de los fuegos artificiales. Es Nochevieja, sábado. Cuando entran en la tienda, las niñas se sientan en semicírculo, la mayor en el centro, presidiendo, y las otras alrededor. Annie Härtmann saca la escopeta de caza Merkel, la pone a pocos centímetros de la frente de una de las niñas y dispara, luego apunta de nuevo y dispara a la segunda, y, sin que oponga resistencia o medie palabra, dispara también sobre la tercera. A las dos mayores las alcanza en la frente, pero a la pequeña el proyectil le entra un palmo por encima del pubis y su muerte es mucho más lenta y dolorosa.

Eso son los hechos, dice el teniente.

Incontestables.

Aparentemente incontestables.

Nadie dice nada porque todos sabemos que usa ese tipo de expresiones para confundirnos y mantener nuestra atención cautiva.

Entonces tenemos tres víctimas.

Tres víctimas y un jardín.

El jardín de los Härtmann.

Ahí, aquí y aquí.

Cuatro amigas.

Tres cuerpos.

No se olvide de los fuegos artificiales, teniente.

Era Nochevieja.

Eso ya lo ha dicho.

No querían que nadie escuchara los disparos.

¿Nadie?

Sus padres, esencialmente ellos... Así que está todo en orden, dice el teniente consultando su libreta: Aquí el seto de rosas Otelo, allí la piscina vacía, las hojas secas esparcidas al fondo, ¿ven la fisura?, y todos miramos para comprobar que, en efecto, lo que a él le parece un enigma irresoluble no es más que una grieta en zigzag que atraviesa desde el desagüe hacia la toma del limpiafondos. Después sigue enumerando: la tumbona de plástico, el pequeño sapo de cerámica verde en el borde de la fuente, todo, todo exactamente igual que la noche del sábado.

¿Exactamente?

Del mismo modo.

Sabemos que el teniente tiene una teoría, siempre la tiene, y que precisamente por culpa de esa teoría nos ha reunido en el jardín de los Härtmann, quiere reconstruir —¿conocen el término *ucronía*?, nos ha preguntado al llegar— la muerte de las tres niñas y cerciorarse de que su teoría, a diferencia de las nuestras, es la única consistente. Sabe que cada uno de nosotros ha tenido que ver, de un modo u otro, con esas crías, que todos fuimos sus profesores y vecinos, que formamos parte de su familia o entorno más cercano y que las hemos visto crecer y jugar en las calles, y sospecha, o eso parece, que uniendo las piezas de nuestra verdad, aunque sea parcial e interesada, logrará averiguar qué demonios sucedió la noche del sábado mientras los demás despedíamos este año catastrófico.

¿Un suicidio?

¿Qué otra cosa podría ser?

Un suicidio ritual.

¿Está seguro?

Es solo que no tuvo el valor...

¿Para qué?

Para matarse, esa última niña, Annie..., después de disparar contra sus tres amigas no tuvo el coraje de quitarse la vida.

¿Qué cree que falló?

Quizá tuvo remordimientos.

Quizá fue simple torpeza.

Quizá habían bebido.

Seguro que estaba drogada.

Por Dios, ¡la mayor solo tenía trece años!

¿Quiere que le recuerde lo que hacíamos usted y yo a esa edad?

¿No es eso lo que parece?

Lo que parece es solo lo que parece, dice el teniente, y no estamos aquí para dirimirlo.

A veces no es necesario ir más allá.

¿Más allá?

De las apariencias.

Entonces, ¿va a decirnos de una vez qué hacemos aquí?

Iban descalzas, ¿no es verdad que iban descalzas, teniente?

¿Y qué me dice de los camisones?

No eran camisones, dice la señora Schäfer, eran manteles de la residencia de ancianos. Ursula, quiero decir, la señora Härtmann, se los llevó el jueves para lavarlos. Debieron de cogerlos del cesto y se los hicieron de dos tijeretazos.

¡El demonio!

Por favor, reverendo.

No hay otra explicación.

Cuando lleguen los periodistas, no se ponga en evidencia. Nos avergüenza a todos. Siempre lo hace con toda esa cháchara...

¿Acaso no empezó todo cuando *él* llegó aquí?, ¿por qué ha desaparecido?, ¿alguien puede explicarme dónde se ha metido ese bastardo?

Si el profesor de música tiene algo que ver con las muertes, como sugiere el reverendo, pronto se sabrá. El teniente sabe que el religioso siempre juega con cartas marcadas —su verdad es la verdad porque lo dice Dios, y su Dios, por supuesto, es irrefutable—, quizá por eso se ha pasado la tarde recogiendo pruebas, balizando el sendero, recolectando las vainas semienterradas de

los proyectiles, clavando estacas para simular la trayectoria balística con hilo rojo, incluso hemos visto a su ayudante, siempre de mala gana, sacar moldes de yeso —seis diminutos piecitos blancos— que permanecen ahora alineados, no exactamente paralelos, al borde del sendero. Tres caminaban descalzas, dice, pero la mayor usaba una bota ortopédica. Todos sabemos que Annie tuvo la polio a los siete u ocho años y que su pierna derecha, o la izquierda, nadie sabe concretar, quedó tres o cuatro centímetros más corta que la otra.

La tienda del jardín atrae nuestra mirada. El viento ha arrancado las piquetas y la lona acribillada por los disparos flamea en la noche. Solo cuando cesa el viento y el faldón cae de nuevo vemos el interior iluminado por la linterna.

Las doce menos cinco, dice el teniente, ¿todos listos? ¿Empezamos?

Empezamos.

¿Listos por allí también?

Listos.

La pareja de vecinos que se ha prestado voluntaria —los verdaderos Härtmann han preferido pasar la noche en observación en el hospital de Mannheim— ocupa su lugar en el salón. Apenas vemos sus coronillas que sobresalen del sofá de cretona verde. Desde el jardín alcanzamos a escuchar la música que ellos escuchan. Hablan de un modo distendido, ñoño, como dos adolescentes en su primera cita. Todos sabemos que esa actitud casi irrespetuosa con lo que va a ocurrir en su jardín forma parte de las consignas que les ha dado el teniente: ¡Sois felices!, y ellos, como empujados por una euforia repentina, son felices —una felicidad contenida, matrimonial, residuo de lo que fueron muchos años atrás—. ¡Atentos a la música!, y ellos, de repente, dejan de besuquearse y se muestran interesados en los primeros compases de la sinfonía. Según el teniente, la coartada de los Härtmann es sólida, pero hay un detalle lo suficientemente pequeño e insignificante como para preocuparle.

¿Qué detalle?, queremos saber.

Esa música.

¿Qué música?

La música que escuchaban. Ursula sostiene que era la obertura de Tannhäuser, pero Bruno me juró que era *El ocaso de los dioses*.

¿Y qué?, ¿qué tiene que ver? Era música. Wagner, Wagner en definitiva.

La obertura dura poco más de catorce minutos, nos dice con aire pericial, lo he comprobado; el ocaso, sin embargo, cuarenta y dos segundos menos.

Eso carece de relevancia.

¿Estás seguro? Si estaban escuchando el ocaso pudieron oír las detonaciones de la escopeta. Para entonces ya habían terminado los fuegos artificiales.

¿Por qué habrían de mentir sobre algo así?

¡Era su hija!

¡Cómo quieren que lo sepa!

Pero usted ha dicho...

Entonces, si nadie tiene inconveniente, probaremos primero la obertura.

El teniente mira el reloj.

¿Atentos? ¿Todos atentos?

Empecemos de una vez.

La directora del colegio se frota las manos y da uno de sus saltitos de nerviosismo. Siempre habla demasiado y cuando se habla demasiado se comenten errores, aunque los errores de ese tipo sean esenciales para que todo parezca verdad. Así que la dejamos hablar. Le cuenta al teniente que las niñas estuvieron diferentes el último trimestre, no en sus resultados académicos, que seguían siendo excepcionales, sino en su actitud.

¿A qué se refiere?

Tocaban en un cuarteto.

Eso lo sabe todo el mundo.

La mayor, el violonchelo. Las otras tres, el violín.

¡Diabulus in musica!

¡Reverendo!

¿Y no le parece raro? Un cuarteto de cuerda. ¿No es extraña la coincidencia?

¿Por qué iba a serlo?

Ensayaban en el bosque, en la cabaña del desollador...

La palabra nos hace gracia. Desollador. Casi la habíamos olvidado porque los últimos de ese gremio desaparecieron del valle en los sesenta. Ahora los corderos se destazan con electricidad, es más limpio y menos estresante, pero la directora insiste, asegura que las niñas tenían su escondite donde el bosque de secoyas. El teniente mira a otro lado y sofoca la risa. No quedan árboles así en la ladera norte, nunca los hubo en realidad, solo algunos abetos enanos que plantamos hace tres años para evitar la deforestación provocada por el favonio.

Se escuchan dos detonaciones.

Pum.

Pum.

A un mismo tiempo y a una misma velocidad, miramos al cielo esperando encontrar una de esas inmensas palmeras de fuego púrpura, el silbido de las trazadoras, el olor de la pólvora, pero, tal y como nos aclara el teniente, solo es una grabación. De nosotros, Eva es la que está más atenta. Es la única de las cuatro madres que ha sido capaz de asistir a la reconstrucción de los hechos. Hace un rato le ha explicado al teniente que conocía lo del club de las niñas, que sabía que cada sábado, durante los meses previos a los hechos y siempre por turnos, las niñas se reunían en el parque, en su propia piscina y finalmente en la casa de los Härtmann. ¡Solo era un club!, un maldito club de chicas que hablaban de cosas de chicas. ¡Todas lo hemos hecho! Lo que sí le extrañó es que las cuatro, diferentes en compleción y estatura, tuvieran la primera regla con diferencia de días. Eso sí es raro, nos dijo, incluso les dio por llevar el mismo flequillo con las puntas hacia fuera, ¿saben quién es Hanna Schygulla?, esa actriz..., pues todas querían ser como ella. La semana anterior, nos contó, las había visto de noche y en bikini sentadas en el borde de la piscina con la espalda erguida y los hombros hacia atrás. Annie, la mayor de las cuatro, golpeaba con una regla los pechos núbiles de las otras. ¿Núbiles? Ya sabéis, eran niñas, poco más que niñas. Entonces supo que algo

no iba bien, le dijo al teniente, pero con los adolescentes una siempre llega tarde.

¡Ya están aquí!

Las cuatro niñas salen al jardín.

El sonido de los fuegos pirotécnicos se solapa con los oboes de la obertura como si fueran las piezas de una misma composición. No son las niñas originales, claro, las niñas originales están muertas, estas son voluntarias de quinto que la directora ha seleccionado de entre sus compañeras por su parecido físico, aunque nadie se lo explica porque no se parecen en absoluto, se mueven desgarbadas y dubitativas como si para cada nuevo paso requirieran de las instrucciones del teniente. Sin duda están asustadas. Es como si pensarán que esas muertes que van a interpretar pueden transformarlas en sus compañeras y, por tanto, obligarlas a compartir su fatal destino. Llevan los camisones desgarrados y manchados de glebas de tierra. La niña que hace de Annie va la primera, el resto, detrás. Es el teniente el que les indica que se pongan en fila india y estiren la espalda —y ellas lo hacen—, que caminen exagerando el gesto y alarguen el cuello —así, como pavos reales, y ellas obedecen—, ino piséis fuera del sendero!, y ellas intentan sin éxito no sobrepasar las lascas que dividen el jardín. En el salón de los Härtmann se escucha la voz del tenor que interpreta a Tannhäuser y que le ruega a la diosa que le deje volver al mundo de los vivos. En el megáfono, el eco de los fuegos artificiales vuelve a solaparse con los oboes. Las presillas metálicas del calzado ortopédico de Annie se escuchan con claridad en la noche. Mientras el teniente mira a las niñas, nosotros observamos al matrimonio: se hacen carantoñas y el que hace de Bruno, en un arrebato pasional, se echa encima de la que interpreta a su mujer. Algo llama nuestra atención, y cuando volvemos a mirar a las chicas, vemos que la que hace de Annie carga a la espalda con un madero que simula la forma y el peso de una escopeta. Al llegar junto al magnolio espera nuevas instrucciones. El teniente levanta la mano y ella entra en la tienda. Las otras se sientan en semicírculo a su alrededor. La sombra de sus siluetas se proyecta contra la lona. A la señal del teniente,

Annie saca el trozo de madera y simula echar la ceja de elevación hacia atrás para introducir el cartucho. Luego apunta a la primera de las víctimas. Su amiga espera la aprobación del teniente para morir, y solo entonces, lanza su cuerpo con violencia contra el vástago de la tienda. En ese momento, Annie ya está apuntando a la segunda niña. Esta tiene más iniciativa y no busca el permiso de la autoridad, echa la cabeza atrás y se desploma en la dirección opuesta a la primera niña. Pero si alguien tiene dotes interpretativas es la chica que simula ser la hija de Eva, y que, según todos los indicios forenses, murió tras una larga hemorragia. Su madre, que observa a nuestro lado la reconstrucción, ni siquiera se conmueve. Los fuegos artificiales quedan en suspenso durante dos o tres segundos. A diferencia del resto, el teniente no mira hacia la tienda, sino que nos observa como si a través de nuestras reacciones ante lo que vamos a presenciar pudiera descubrir algún tipo de contradicción o error en los hechos. La última niña levanta la mano y la interpone frente al cañón de la escopeta —sus dedos, de repente, nos parecen larguísimo para una niña de doce años— y, en mitad del silencio, escuchamos un gimoteo que no sabemos si corresponde a la interpretación o a la tensión del instante. Cuando Annie pulsa el gatillo, la hija de Eva se resiste a morir. ¡Es inaudito!, murmura alguien, ¡inconcebible! Cuando el teniente se dirige hacia allí para obligarla, la niña se arquea sobre los hombros y sale despedida hacia atrás con las manos en el vientre. La vemos describir una parábola y caer rasgando el lateral de la tienda. Bajo el camisón, el teniente ha ocultado una bolsa de jarabe de maíz que, al romperse, dibuja una preciosa flor roja que avanza desde su cadera hasta la entrepierna.

Todo ha terminado.

Aún no.

Ahora, dice Simon.

Y es entonces cuando la pequeña Ofelia se incorpora como si despertara de un sueño intranquilo, confusa, quizá sabiéndose muerta sin estarlo, y le enseña a Annie las palmas de sus manos ensangrentadas. Sigue viva. Sabemos que es a este instante al

que quiere llegar el teniente, es decir, al instante en el que la linterna rueda por el suelo y el rostro lívido de Annie queda dividido, casi por la mitad, por una línea de sombra. La hija de Eva, o la niña que interpreta a la hija de Eva, musita: ¿por qué yo?, ¿por qué? Annie gira el tocho de madera y lo coloca entre las piernas introduciendo el extremo en su boca mientras con la presilla se ayuda para pulsar el gatillo. A través de la tela rasgada, la vemos cerrar los ojos y contar hasta tres, y cuando los abre, a la señal del teniente, no ocurre nada. ¡No mueras! Y no muere. Vuelve a intentarlo, le dice el teniente. Todos sabemos que es hablar por hablar porque Annie nunca tendrá el valor suficiente para hacerlo. La pequeña observa a su amiga como si no entendiera por qué sigue viva mientras que ellas tres han muerto o están a punto de morir. La hija de los Härtmann trata de pulsar el gatillo por tercera vez, aunque ya no engaña a nadie: esta noche no es su noche.

No es tu noche, grita el teniente.

Annie niega con la cabeza.

No lo es, dice.

Finalmente, en un gesto de desesperación, arroja el arma al suelo.

Ofelia ha dicho algo.

¿Qué ha dicho?

Ninguno lo ha entendido.

Varias-palabras-pronunciadas-como-una-sola.

Parece desorientada.

¿Tiene frío?, pregunta su madre.

¡Tienes frío!, le ordena Simon.

Y Ofelia empieza a temblar.

¿Le duele?, pregunta Eva.

¡Te duele!, le ordena Simon.

Y la niña se retuerce de dolor.

¡Esto ha ido demasiado lejos!, dice el reverendo, ¿a qué tipo de infierno nos quiere llevar?

¡Ahora!, dice Simon.

Y Ofelia pone la mano sobre la hierba y da un alarido. Quiere

nes interpretan a los padres de Annie siguen besuqueándose en el salón. Parece improbable que no hayan escuchado ese grito que, una vez concluido, sigue en el aire como la nota de un diapasón. Se oye la coreografía de las últimas carcasas y la percusión final de la obertura de Wagner. El padre de Annie, desnudo de cintura para arriba, le pregunta algo a su mujer. La mujer mira hacia el jardín —¿no ve el cuerpo tendido de la niña?— y niega con la cabeza.

Solo entonces el teniente pronuncia las palabras y la hija de Eva muere.

Todos a sus puestos, dice, repetimos.

¿Repetimos?

Empecemos ahora por el ocaso.

¿Qué ocaso?

El ocaso de los dioses.